

Rafael Bernal Jiménez

**Rafael Maya
o la Perennidad
de la Poesía**

Cuán grato debe ser, para el viajero de la enmarañada selva tropical, hallar de pronto un claro del bosque desde el cual poder contemplar el fulgor de los luceros.

Es esta la sensación que se experimenta cuando, en medio de tanta prosa disfrazada de poesía, de tanta acumulación de desperdicios literarios, carentes de aliento creador y de carisma verdadero, nos encontramos con los acentos de un auténtico hijo de Apolo, como Rafael Maya.

Razón y muy fundada, tiene Rafael Gómez Hoyos cuando, en el homenaje solemne que el Instituto de Cultura Hispánica rindió hace pocas noches al gran poeta, afirmaba: "La palabra, el sentido y el ritmo en fusión misteriosa, dan la clave del numen poético de Maya".

Y yo agregaría que, en mi sentir, el secreto del valor de la poesía de Maya habría que buscarlo, también, en esa unción profunda, en ese hallar la forma precisa que traduce en armonía inigualada aquello que se halla siempre latente en los trasfondos, muchas veces tempestuosos, de una sensibilidad exquisita en doloroso trance de creatividad.

Conocí a Maya desde nuestros días de Universidad, en la cual fuimos condiscípulos y amigos. Era el amanecer de aquella generación llamada de "Los Nuevos", cuando ya León de Greiff ensayaba sus primeras desconcertantes estrofas, con el seudónimo de Leo le Gris, y Juan Lozano y Lozano preparaba su estro para producir más tarde ese superalado soneto que llamó "La Catedral de Colonia". Entonces Maya irrumpía con audacias innovadoras y nos ofrecía las primicias de sus cantos que deberían ser recopilados en su primer libro "La Vida en la Sombra". Allí está también impresa su primera profesión de fe en la religión de la poesía.

**"Creo en vosotras Musas
perfectas, caras Musas de mi valle materno
sonoro de floridas cornamusas,
rico de estío eterno".**

Aún no es el poeta del verso libre que habrá de expresarse en "Coros del Mediodía" pero sí es ya el bardo de las inefables voces de

la melancolía, la soledad, el amor compartido en los recónditos recintos de una soledad rumorosa: "Oye seremos tristes, dulce señora mía"...

Cuando todos cuantos poetas éramos por aquellos lejanos días, pu- liamos el verso como si fuese mármol, a golpes de cincel a la manera parnasiana, ya Maya se emancipaba de los patrones tradicionales y se lanzaba, en vuelo airoso, por los anchos espacios de una concepción menos académica. Ello no significa que quienes continuaron rindiendo culto a las formas ya consagradas en la métrica y la rítmica de la versificación, quedasen relegados a los tabucos de lo obsoleto.

Significaba, sencillamente, que se transitaba hacia algo que, en su tiempo, se estimaba como "nuevo". Es el proceso de todas las expresiones del arte. Dentro del periplo mínimo de los grandes artistas, se observa esta articulación de etapas evolutivas: primero viene la academia, con sus rígidas exigencias y solamente después la escapada hacia los ámbitos de la libertad creadora; pero no al contrario. Primero se esculpe la clásica efigie del David y, más tarde, las intencionalmente inconclusas figuras de "Los esclavos", en el ciclo creador de Miguel Angel; antes que los desconcertantes broncees de la "Puerta del Infierno" el genio de Augusto Rodin había laborado con la indócil materia que se animó en "La Edad de Bronce" y en "El Hombre de la nariz quebrada".

Así en la poesía, el verso libre, la inefable música de la estrofa verlainiana, no destruyen ni reducen al olvido los grandiosos cantos de Leconte de Lisle. Ni el estrujado estro de Vicente Alexandre condena al mutismo el sonoro eco de los poemas de Darío. O la sugerente melodía de Antonio Machado. Son simplemente etapas del mismo proceso evolutivo del arte. Respuestas líricas a la diversidad de estímulos ambientales. Maneras diversas de rendir culto a la misma imperecedera Belleza.

En la poesía de Maya es notoria esta evolución superadora. Su producción lírica es múltiple, politemática y poliforme. No obedece a prejuicios de escuela ni a compromisos generacionales. Pero es fruto también de un afán fervoroso y sostenido. Supera todo lo banal y lo efímero. Porque, como él mismo lo afirma en ensayo publicado en la última entrega de "Nivel", la extraordinaria gaceta que Germán Pardo García ofrece desde Méjico a la América entera "el arte, necesariamente, está más allá de todas esas facilidades repentinas".

El homenaje que la Colombia intelectual acaba de rendir a Rafael Maya, no tiene, por lo dicho anteriormente, el carácter de una consagración. El estaba consagrado desde tiempo atrás. Pero sí tiene un más alto sentido: es el reconocimiento de que nuestro gran poeta ha superado ya la zona del sonido, es decir, que su obra planea por altos espacios a donde no llega ya el menguado rumor de lo transitorio y lo arbitrario. Sufrió ya, y soportó airosamente, el ácido de la crítica. Después de los laureles recibidos no queda ya más que el tributo del bronce. Y él vendrá, estoy seguro. Y acaso, en cualquier significativo lugar de su ilustre ciudad de Popayán. Loor al carísimo poeta.